



¿NUEVOS AIRES?
ÚLTIMAS TENDENCIAS DEL FLAMENCO Y FADO

Página 92 (blanca)

JOSÉ ANTONIO MORENO

FADOS KEEP FALLING ON MY HEAD. Era un buen día para ponerse botas. El primero en que llovía con ganas después del verano. De hecho hacía meses que no me las ponía. Y me resultaba tan curioso que sonreí al pensar que mis pisadas sonaban sobre el suelo espejado de aquel salón del teatro López de Ayala de Badajoz con un aire sorprendentemente flamenco. No sé si por inercia o empatía.

También era una tarde triste para hablar de tristezas. O eso pensaba... Cuando alcancé llegar al teatro la gente esperaba el comienzo, ponentes, público, responsables de coordinación, cámaras de televisión... Por un momento me pareció que la unión de los altos techos con el plano inferior recreaba un fresco o, mejor aún, un tapiz goyesco del Palacio del Escorial, casi inmóviles, aparentando naturalidad. Como en la Feria Chica, la de los gitanos de Mérida, la gente se unía en corros. O se separaba, según se mire. Los corros del fado eran breves, discretos, risueños, amables. La gente del flamenco estaba como España, más dividida. Eran en general más numerosos y ruidosos, sonrientes como el músico Paco Ortega. O aparentemente serios, misteriosos y elegantes hasta la gravedad como el responsable del sello “Tablao” de BMG Ariola, Juan Verdú, vestido con traje oscuro y pañuelo al cuello como si fuera el señor que cobra el alquiler mensual a los inquilinos del López de Ayala. La fadista Mafalda Arnauth sonreía sin

cesar. Marce Solís se deshacía en atenciones con todos incluso antes de arrancar con su papel de moderador. Otros simplemente nos hacíamos los despistados olfateando el terreno donde convivían dos mundos tan paralelos como divergentes: el flamenco y el fado.

Descubrir los aires recién llegados de los dos estilos musicales característicos de la Península Ibérica se me antojaba una oportunidad apasionante. Sobre todo porque un comité de expertos seleccionados a conciencia no podía defraudarme. Cantantes, periodistas y críticos que defenderían —o no— la presencia de nuevas tendencias en las que son por derecho banderas musicales de Portugal y España. Pensé entonces que hablaríamos de *folk* entendido como la música, nuestra música, con raíces, pero claro, cómo iba a espetarle eso a un flamenco o un fadista. Tanta vida y tanta muerte no podían caber en una palabra tan fea que casi suena a curso de alemán por correspondencia... ¡Folk!

Pero estábamos a punto de comenzar.

¿NUEVOS AIRES? ÚLTIMAS TENDENCIAS DEL FLAMENCO Y FADO. El comité de seis hombres y una mujer permanecían tras la gigantesca mesa rectangular dejando al otro lado a los que allí nos habíamos congregado para escucharles. Ella, Mafalda Arnauth, fadista de prestigio, joven y formada, la encarnación del fado en la mesa, canta de una forma muy diferente a sus precursoras. No tiene necesidades como las de antes así que ¿por qué llorar? Todo va bien. El nuevo fado ya no sufre, ya no es triste. Dice. Sus musas advierten vivencias personales, temas habituales, ordinarios, eso que llamamos la actualidad. Musicalmente se permite el lujo de coquetear con el jazz, con el pop y de paso rendir homenaje a los fadistas que más la han influido, por cierto casi siempre hombres, descartando así la idea de la mujer cantante de fados como la única imagen que se exporta del género. Ella canta para exorcizar la tristeza pero buscando un resultado claramente revelador: no es importante lo que interpreta, la música es sentimiento y éste es un estado del alma. Las diferencias con el estilo de Mafalda Arnauth y el estándar marcado por Amália Rodrigues pasan por la diferencia de sus orígenes

sociales. La cuna de la Rodrigues estaba rodeada de marineros, prostitutas y proxenetas. La de Arnauth no.

Estranha forma de vida (Amália Rodrigues)

Que estranha forma de vida
Tem este meu coração
Vive de vida perdida
Quem lhe daria o condão
Que estranha forma de vida

Nos acercamos así a la expresión viva del nuevo fado en primera persona. Comenzábamos la mesa redonda de este *Ágora Palestra* con un dulce, aunque no Dulce Pontes, como la obertura que nos avanza desde el principio los acordes de las mejores canciones que después vendrán. Nuestra atención estaba plenamente captada aunque la única razón concreta para comenzar con la cantante fuese la prueba de sonido que esperaba a la Arnauth para el posterior concierto en el teatro.

La cuestión es, ¿por qué nos llaman la atención esas caricias a los nuevos aires si en realidad han existido siempre? De hecho todos los clásicos se forjaron a través de influencias, ora elegidas, ora obligadas. O ¿es que la música popular se crea en los conservatorios? No debemos pedir a los puristas que gusten de músicas que tan sólo contienen un ingrediente auténtico si no queremos ganarnos un impropio. Debemos tener cuidado de diferenciar entre lo que es y lo que tan sólo suena a fado. Incluso hay quien piensa que todo lo que se hace en Portugal es fado. Como Madreus. Aunque esta idea es todo un homenaje al siempre equivocado universo de los clichés, según el historiador y periodista Nuno López.

El caso del flamenco es idéntico en sus circunstancias. Hagamos un poco de historia. Se sabe que gitanos, árabes, judíos y cristianos colaboraron en su creación. Un mestizaje determinado por la hostigación del siglo XVIII en el que incluso convivían con los negros que desembarcaban en la costa andaluza. Añadamos a esto las milongas, las guajiras o las alegrías que son

producto de la emigración a América. Razas distintas se unían como raíces enmarañadas que alcanzan como resultado un mismo tallo. Sus ritmos se ven claramente reflejados en algunos palos flamencos. Sólo hay que buscarlos por los rincones de la melodía, las Palmas y sus silencios. Y el aire litúrgico conserva aún lejanos paisajes interiores que cuesta, y mucho, encontrar hoy en día. Aunque la espiritualidad ronda cada lamento del flamenco y del fado. El sevillano Juan Diego Martín Cabeza, joven y experto en la materia, va más allá en su reflexión y conduce el quejío al eterno caldo de las vanguardias. Si Picasso y tantos otros eran amantes del arte gitano es absurdo, y casi egocéntrico, pensar en el siglo XX como el momento único de la revolución del flamenco.

Llegué a la conclusión de que lo que conocemos como *clásico* es el fruto de una evolución constante. Entonces muchas perspectivas empezaron a cambiar. Ahí es cuando internet, los medios de comunicación, la radio, la televisión, y claro, la fusión imperante en el estilo de los grupos y cantantes nuevos se convierten en elementos que dibujan y reconstruyen los retratos del fado y flamenco de hoy. Parece que podemos hacernos amigos de los nuevos aires e incluso tomarlos como apoyo para los futuros clásicos. La cuestión era lanzada por Marce Solís: estos nuevos sonidos, las nuevas tendencias ¿enriquecen o destruyen el original?

Diferenciamos. El flamenco clásico no se va a perder, es una forma de vida, una manera de sentir con unas connotaciones aceptadas e invariables. Pero si salvamos lo consensuado como clásico, que por cierto está muy a salvo por una cuestión que comentaré más adelante, solo podemos esperar a que los jóvenes dicten sentencia como afirma Ortega, porque ellos marcarán la línea queramos o no: es estúpido aceptar o rechazar el cambio. La calle manda...

¿HAY QUE GRITAR O SUSURRAMOS AL RELOJ? LA ESTELA DE CAMARÓN. Los expertos afirman que casi del 90% de las músicas del mundo extraemos mensajes de dolor y tristeza. Extremadura aporta los *jaleos* y los *tangos* al flamenco clásico. Porrina de Badajoz fue el primero de una estirpe que hoy

en día se sigue llenando de músicos de arte. El caso de Paco Ortega es distinto. No es gitano y canta “casi gitano” como diría Raimundo entre risas, aunque él se enorgullece de ser flamenco por derecho. Si ha descubierto a Niña Pastori y ha compuesto para Camarón algo de flamenco tiene que tener. En 1987 publicaba un disco del llamado por entonces “flamenco-pop” con Isabel Montero. En esos años salía en la tele y la gente lo conocía por la calle. No fue su primer trabajo, ya en el 74, este jienense de audacia en los acordes y en los pasillos de las discográficas lanzaba un primer disco al mercado de fortuna desigual. Con nuevas canciones en el 2004 y nuevo sello recién bautizado como “El Pescador de Sueños” Paco Ortega es uno de los que sabe de verdad dónde está en España lo nuevo, lo bueno y lo malo, lo bonito y lo barato. Él institucionalizó un término que engloba a los que hablaban de “flamenco-pop-rock-fusión-chill out y lo que venga”: el “flamenquito”. El término es más que aceptado y su nuevo sello nace ya arruinado, según el propio Ortega aunque con la “idea de sacar adelante proyectos hermosísimos y nuevos artistas”, y mirando al futuro, como es el caso del pianista flamenco Pedro Ricardo Miño, con el que debuta. Ahora hay que trabajar mucho más que antes. “Para que me vean tengo que hacer 40 televisiones y ni así la promoción es suficiente...” Ésta es la vida de un nuevo flamenco con experiencia.

El inconformismo es inherente a los nuevos tiempos. Un compañero periodista preguntó en cierta ocasión a Tete Montoliu, uno de los mejores pianistas de la historia del jazz en Europa, qué ocurría si al dirigir el dedo hacia una tecla se equivocaba y pulsaba otra. Él respondió: “...es que yo siempre busco la tecla de al lado...” El inconformismo dicta la revolución de las normas y crea las tendencias o los nuevos sonidos. Y dicen los puristas que cada anciano que desaparece es un libro que se quema, un disco que se rompe. Que cada cambio que amenace la tradición formal no produce nada puro y sus efectos son nocivos. Para Martín Cabeza, defensor de la permanencia de lo clásico sin renunciar a corrientes paralelas, la enemistad entre el flamenco puro y el nuevo comenzó hace 20 años, cuando Camarón se convirtió en Dios. Y creo que

es verdad. Porque si al recién llegado se le empieza a tomar más en serio que a los padres de la patria estamos ante una revolución. Lo curioso es que el amigo de correrías de Camarón, Rancapino, defiende el cante por derecho, una guitarra y unas palmas, lo demás no es flamenco, dice. Para él oír una seguirilla interpretada con una guitarra eléctrica es como ver a un torero en la plaza vestido con un chándal. Pero la verdad es que fueron los jóvenes de entonces los que eligieron a José Monge Cruz, Camarón de la Isla, no los puristas. Él con su cantar suavito y con más penita que la pena negra arrolló a toda su generación hasta el punto de lograr que todos, o una amplia mayoría de los que salieron después de Él, buscaron la perfección en la identidad exacta de su estilo sin cambiar ni un átomo. Camarón fue visto y venerado, nuevo y clásico a la vez. Privilegio de los genios de una y nunca más. Él creó el susurrar flamenco y susurrando le abrió las venas a la música. Ya no hacía falta tener los pulmones de un Goliath para encontrar el quejío. Con el susurro Camarón disecionaba el alma.

Nuestros sueños (Camarón de la Isla)

Te quiero vida mía...
Quiero navegar contigo
En un mundo nuevo
Y volar en el espacio
Enredao en tu pelo,
Y besarte entre las nubes
Acariciando tu cuerpo,
Y volando, volando, volando,
Y fundíos tus pies con mis pies,
Con miles de estrellas
Que alumbren el camino
De nuestros sueños.

INFLUENCIAS. TODO MARCA, TODO IMPORTA. Los nuevos aires refrescan la cara al gran público. Hablar de ello es poner nombre a las nuevas tendencias del flamenco en este momento histórico como ha hecho Ortega con el “flamenquito”. En cambio no se sabe de dónde procede con exactitud la palabra flamenco etimológicamente. Lo que en la actualidad denominamos así tiene unos 150 años y evoluciona de un modo sorprendente, todo le afecta, todo lo cambia. La revolución la aportan los que tienen arte. Volvamos otra vez al pasado. En las primeras décadas del siglo XX la Niña de los Peines añadió un piano en sus actuaciones por los teatros. Por cierto, otro cambio notable el que supuso pasar de la tasca a los grandes escenarios durante el mismo periodo. Está claro. Las nuevas tendencias se nutren de actos heroicos. Y en las antípodas del concepto que nos ocupa, también la permanencia sin concesiones a las modas de los clásicos tiene su dificultad. No es casualidad que jóvenes como Arcángel o Estrella lleven hasta el puntillismo las líneas históricas del flamenco, aunque según Martín Cabeza, cuando los interpretan inmediatamente lo hacen suyo y uno se olvida del padre como es ley. Nadie vive en algo que no sea el presente, y nadie se libra de lo nuevo por mucho que lo pretenda.

Ruy Mota, responsable de los ciclos de música popular de la Expo Lisboa 98, afirma que el fado estuvo íntimamente ligado a la dictadura de Salazar, justo como el país de guitarra y pandereta que vendió Franco fuera de España, tan denostado en el nuevo milenio. A pesar de ello el fado y el flamenco gusta hoy a los jóvenes porque ellos siguen cantándolos. La razón por la que estos dos estilos suenan rancios a ciertos oídos es bien sencilla: en ambos casos fueron los portadores de los mensajes de tristeza, dolor y esperanza de las gentes que vivieron la segunda guerra mundial y la guerra civil española. Los tiempos cambian y los medios de expresión van de la mano. Los viejos cantan viejos fados, los nuevos componen otros nuevos. Eran tiempos tristes de tristes canciones. Con las manos abiertas y casi en posición de rezo erguido cantan también hoy los fados de siempre en las viejas tascas de Lisboa, fadistas viejos y jóvenes. Hasta niños.

El tiempo es un factor determinante en el tema que nos ocupa y se convierte en un enemigo natural cuando queda mucho por descubrir. Y aclaro esto porque aquella tarde el tiempo fue la causa por la que no pudimos abordar la interrelación entre flamenco y fado en plena raya, que es uno de los fenómenos más interesantes de los últimos años. Gracias al Gabinete de Iniciativas Transfronterizas me voy encontrando al paso multitud de artistas extremeños que se dejan seducir por el sabor dulce de las lágrimas del fado. Por hacer memoria en un segundo tan sólo mencionaré a la Candi2 Banda, Perroflauta, Acetre, Manuela Roque o, desde mi punto de vista la guinda: la familia de guitarristas Vargas que han rizado el rizo creando el *Flamenfado*, la fusión cocinada al vapor de los dos lados de la raya hispano-lusa. Eso sí es un matrimonio ejemplar. Quién sabe si en dos décadas el *Flamenfado* se convertirá en un palo más. Es buen momento para recordar que los clásicos de hoy fueron los revolucionarios de su tiempo.

Por cierto que los numerosos palos del flamenco tienen su correspondencia en dos, las únicas, líneas del fado: el de Coimbra y el de Lisboa. El primero suele presentarse como la cara amable de este canto de sirenas y el de Lisboa aparece amarrado al costado amargo de la despedida por ser la capital portuguesa un puerto de mar, escenario idílico para añoranzas, lágrimas de tristeza y esperanzas llegadas del océano Atlántico. En este rosario de destinos se fragua la emoción del fado. Y es que el fado portugués también goza de la credibilidad que otorga ser hijo del pueblo. De hecho la Casa del Fado y la Guitarra portuguesa ha pedido a la UNESCO que denomine el fado típico lisboeta patrimonio oral e inmaterial de la humanidad. Sus orígenes populares invitan a la identificación inmediata de modos de vida que el pueblo reconocía y protagonizaba más o menos de cerca y lo convierten en testimonio excepcional de una expresión cultural viva y que tristemente corre el riesgo de desaparecer.

DEFÍNEME “NUEVO”, COMPADRE. Según el experto Nuno López no podemos hablar de un “Nuevo Fado”. Aunque sí de una constante evolución del

género. Lento pero firme. Salvo alguna excepción. Ruy Mota casi como anécdota nos abrió la puerta a ciertos experimentos que no gozaron del empuje suficiente para crear un hito. Con la intención de revitalizar el género durante la década de los 70 se realizaron varios intentos de mezcolanzas con pop, rock y estilos de juventud, muy propias de la década de los excesos, en la que todos tenían la impresión de que había que forzar el cambio definitivo a la modernidad para abrir dignamente el tercer milenio con un pie en Plutón. Tal revelación se quedó en un intento fallido, el portugués elige tomarse su tiempo para que lleguen los nuevos aires y que éste decida por el futuro del patrimonio musical del país.

Amália Rodrigues hizo historia con su estilo peculiar. Ella fue una “fadista way of life”, la verdadera diosa del fado y también sabemos que se atrevió a cantar flamenco, incluso viaja por internet una deliciosa versión del eurovisivo La-la-la de Massiel cantado por la diva lusa. Además renovó la métrica habitual. Si todo eso es ser clásica, que vengan Mozart, Cole Porter, Jobim y The Beatles, por mencionar unos cuantos revolucionarios de pro, y lo vean. ¿Por qué despreciar el vodevil, instrumentos como la guitarra española, el contrabajo o como hizo también Amália Rodrigues, el piano? Puestos a ser puristas este estilo se acompaña de un solo instrumento: la guitarra portuguesa. Todo lo que se añade después tiene su propia razón de estar pero no es la original. Por ejemplo el conocido acordeón que vemos en múltiples grabaciones y actuaciones en Portugal se ha hecho clásico por unas circunstancias realmente curiosas: la laboriosidad de los acordeonistas de finales del siglo XIX era más que notoria ya que en su afán de complacer a todas las fiestas (había muy pocos músicos y muchos mesones que animar), iban tocando en todas partes para ganarse el sustento. No es que hubiera muchos acordeonistas, es que los pocos que había estaban notablemente pluriempleados. Y el contrabajo se utilizaba ya por entonces así que deberíamos ser más honestos y pensar que quizás no hay motivos para demonizar las recientes aportaciones instrumentísticas.

En definitiva la idea que se extrae de los ponentes lusos es que en Portugal la evolución de la música identitaria ha seguido una línea diferente a

la española. Los tiempos marcan, los tiempos cambian pero no hubo por qué cambiar lo que había consolidado la unidad sonora de todo un pueblo, al menos no era momento de cambiarlo de un modo excesivamente radical. Dejemos pues que las novedades florezcan a su ritmo. Al fin y al cabo la línea que sigue unificando a los fadistas década tras década es la cadencia, la postura, las melodías y la emoción. Las letras cambian, los sentimientos no. La única cuestión es encontrar dónde se esconde la parte sentimental de la música.

Si el fado se resiste a realizar cambios significativos el flamenco se empeña en fusionarse con hip-hop, chill-out, dance, pop, bossa-nova... Son dos formas de entender lo mismo. Por un lado el tiempo. Por el otro los sentimientos, lo que nos hace libres y humanos, como la libertad y la humanidad que tanto echaban en falta en tiempos de guerra. Por fin nos atrevemos a despreciar las etiquetas y reconocemos que, venga de donde venga, lo que buscamos es emoción. Porque estos tiempos también son duros a nuestra manera.

SIN ORIGINALIDAD NO HAY CLÁSICOS. En mi empeño por preguntarme cosas, vicios de entrevistador, coincidí con Juan Verdú en intentar hallar la razón por la que Enrique Morente es un clásico contemporáneo capaz de grabar con los rockeros granadinos Lagartija Nick y salir airoso y con la credibilidad de flamenco con raíces intacta y reluciente. Será porque es bueno. ¿No? Quizás por eso Ojos de Brujo no gustan nada ni a Ortega ni a Verdú. O quizás es porque el ingrediente flamenco que éstos últimos añaden a su particular cócktail de tendencias se queda en un mero colorante, es decir en un acento del sur con palmas o guitarras españolas en una odisea de darbukas, congas, sitares, samplers, scratches, pluggins, sintetizadores y guitarras eléctricas. En este caso nos encontraríamos más bien con chill-out con sabor andaluz. “Es un flamenco muy payo” como dicen aquí. Alejandro Sanz en cambio es más honesto según Verdú porque él hace pop claro y diáfano. Pero que le den al tío una guitarra española, a ver qué canta, “corazón partío” o las bulerías del “patio jerezano”.

Además Sanz ha adaptado muchas frases del flamenco a su particular visión del pop por ser verdaderamente aficionado. Hablando de gustos, me gustaría hacer referencia al exquisito público que nos acompañaba en la sala. Apenas veinte, pero brillantes, respetuosos, cultos, audaces y en algún caso perfectamente bilingües. Las pocas intervenciones que se hicieron desde el otro lado de la mesa me dejaron tranquilo. Pensé “con esta afición todo permanecerá a salvo”.

La afición hace que perdure el estilo clásico, aunque como afirma Juan Verdú el flamenco y el fado tienen que vivir con su tiempo, si no se quedan para los museos. En el del Prado sin ir más lejos hay muchos copistas, gente que tiene talento para reproducir la obra de los genios de la pintura universal. De ahí a exponer junto Rubens o Tiziano hay un abismo. Mafalda Arnauth es una artista, y si el tiempo la trata bien perdurará porque habrá encontrado un estilo propio. Pero para saber qué es bueno hay que conocer a los clásicos, en este caso hay que tener cultura musical. Si no, una innovación se puede quedar en un mero experimento o en una declaración de buenas intenciones. Y ya sabemos todos que el infierno está empedrado de ellas. Este es el terreno donde lo nuevo se nutre de los clásicos. Después, con los cimientos sólidos, el artista contará lo que quiera como mejor le apetezca.

Llegamos así a la conclusión de que no podemos aceptar el cambio que proponen los jóvenes en las músicas sin recordar que los *standars* son, ni más ni menos, el sonido de los que revolucionaron la música en el pasado. Y que los clásicos están para respetarlos pero no se pueden quedar en la trastienda de los tiempos.

LOS MALOS. Guardias Civiles del flamenco, flamencólicos, cancerberos del cante... Así describen los ponentes a los defensores del flamenco a ultranza que no soportan ni un guiño a sonidos no catalogados como verdaderos a pesar de que ya exista una generación que ha superado el debate entre purismo y renovación y por otro lado, está claramente demostrada la fusión del flamenco desde su origen. El hermano de Mairena dijo que no puede

cantar flamenco alguien que no es de Cádiz. Viva la tolerancia. “Algunos dicen que de Velázquez para acá sólo pintan para entretenerse” afirma un inspiradamente divertido Juan Verdú, que inmediatamente pone el “pero” a su apuesta. Defender las nuevas corrientes no significa que todo valga para echárnoslo al oído. Si he dicho que hay que ser selectivo y exigente con lo que se escucha, ahora me doy cuenta de que en nuestros tiempos hay que serlo mucho más. Ya no hay dos canales de televisión y en la red nos ponen en bandeja (de entrada) casi todo. Añado que nadie aplaude a un tenor por aclararse la garganta. Siempre me ha encantado esa frase. Y lo recuerdo porque hasta los buenos pueden equivocarse. La cuestión es que hay quien, con balbuceos y una simple mancha en el lienzo sin nada más que ofrecer, puede manipularnos apelando a nuestro desconocimiento y tacharnos de no estar a la última (y no hablo de Pollock o de Rothko, ni siquiera de Barceló). Es tan fácil como vestirse de moderno e insultar a todo el mundo. Aunque los que más tiempo pasan etiquetando son los que no saben tocar. Sólo un músico, en este caso Paco Ortega, podía ser tan explícito con los críticos, ¿verdad? Dice que el mestizaje es el camino, la expresión única, el arte global multidisciplinar. Porque el futuro nos espera con nuevos clásicos o con grupos musicales y artistas que después de dos o tres años ya lo habrán dicho todo. Cumplieron su función. Ya casi nadie se divierte escuchando seguiriyas de Cádiz. Y Tabletom no es flamenco puro ni en la sombra pero cuando uno lo escucha se tira al suelo de la risa. Y el fado de ahora es positivo porque Portugal (dice la positiva Mafalda Arnauth) es positivo...

Me voy con una sensación porcentualmente optimista. Aunque reflexionando caí en la cuenta de que los rincones más oscuros e inesperados seguirán siendo el brote de las revoluciones artísticas. De las Tres Mil Viviendas de Sevilla nacieron los sonidos más estimulantes del flamenco de los últimos años. Quizás la pobreza sea una influencia, la necesidad, no sé. O como afirma Rancapino para ser cantaor hay que pasar hambre.

O mejor me quedo con la idea de que ya no queremos ser toreros o cantaores al uso y si no que se lo digan a Mayte Martín que es capaz de

publicar los mejores discos de flamenco legítimo y de boleros matadores que he escuchado en años. Y sin ruborizarse. ❖